

EL
RUMOR DE LOS
HUESOS



A.G. SLATTER



minotauro

EL
RUMOR DE LOS
HUESOS



A. G. SLATTER

minotauro

1



¿Ves esa casa a poca distancia de los acantilados de granito de Cabeza de Trasco? ¿A poca distancia del promontorio donde una vez se alzaba una iglesia? Es una casa como los dioses mandan. Lleva aquí mucho tiempo (desde antes que construyeran la iglesia), y hoy en día es más castillo que casa. Tal vez «mansión fortificada» sea un término más adecuado, una aglomeración de edificios de varias épocas: el más antiguo es la torre cuadrada desde la que la familia ganó bastante dinero como para mejorar sus circunstancias. Cuatro plantas, un desván y una bodega, en cuyo centro puedes encontrar un pozo ancho y profundo. Puede que creas que está pensado para abastecer a la casa en caso de asedio, pero el líquido es salado y, a medio camino, por debajo del nivel del agua, puedes ver (si entornas con fuerza los ojos a la luz de un candil) el patrón entrecruzado de una reja que impide que nada entre o salga. Siempre ha estado vedado a los niños de la casa por un muro muy alto, tan alto que no hay chiquillo que pudiera siquiera caer dentro por accidente.

La piedra de la torre —a veces gris, a veces dorada e incluso blanca en función de la época del año, el momento del día o el sol que reciba— está cubierta por una hiedra de un verde inusualmente brillante, tanto en invierno como en verano. A izquierda y derecha se extienden dos alas que se añadieron más tarde, con alcobas y habitaciones para alojar a una familia que no paraba de crecer. Nadie sabe a ciencia cierta la edad de los

establos, pero están hechos una ruina, quizá señal de la reciente decadencia de la fortuna.

Las paredes tienen incrustaciones de cristal transparente y de color, de la época en que los O'Malley podían permitirse lo mejor de lo mejor. Dejan entrar la luz, pero también el frío, así que las chimeneas de la casa son ciclópeas, lo bastante grandes como para que quepa un hombre de pie o para asar un buey. Sin embargo, ahora mismo lo más normal es que estén apagadas y que las alas de habitaciones estén solo ocupadas por el polvo y los recuerdos; solo hay tres alcobas habitadas, y una de las habitaciones del desván.

La construyeron cerca de los acantilados, pero no demasiado, porque los primeros O'Malley eran muy sabios; sabían lo voraz que puede llegar a ser el mar, que incluso es capaz de comerse las rocas si se le presenta la oportunidad, así que hay vastas extensiones de hierba bordeadas por un muro de una altura media para impedir que los más arrojados —o los más estúpidos— caigan al otro lado. Desde la escalinata de la puerta de hierro de la torre (con formas y grabados que parecen cuerdas y nudos marineros), podrás ver de frente el mar; si giras un poco hacia la derecha divisarás el rompeolas en la distancia, tan engañosamente diminuto desde aquí. Hay también un camino que serpentea sobre sí mismo, un recorrido sencillo hasta la playa de guijarros que se extiende hasta formar una media luna. En uno de sus extremos hubo una cueva marina (cuyo colapso ya nadie recuerda), sirva de las mareas en la que no habrías querido encontrarte en determinados momentos. Un lugar al que acudían los incautos en busca de tesoros, cuando abundaban los rumores que afirmaban que los O'Malley hacían contrabando, habían caído en la piratería, ocultaban sus ganancias ilícitas allí hasta que podían transportarlas sin peligros a otras partes y las intercambiaban por oro para llenar las ya rebosantes arcas de la familia.

Los O'Malley llevaban allí muchísimo tiempo y lo cierto es que nadie sabe dónde estuvieron antes. Igual que tampoco nadie recuerda ningún momento en que no vivieran allí o no se

hablara de ellos. No es casual que nadie se refiera a ninguna época como «antes de los O'Malley»; la suya es una historia difusa, gracias en parte a sus propios esfuerzos. Algunos relatos locales afirmaban que aparecieron en la vanguardia del ejército de algún señor o señora, otros que surgieron de las abadías durante los años más combativos e intensos de la Iglesia, tal vez uno que se dirigiera a la ciudad de Lodellan o hubiera partido de allí, cuando sus monarcas luchaban por tierra y riquezas. Quizá fueran soldados, o tal vez simplemente acompañaran al ejército como civiles o con la intención de recoger todo lo que pudieran cuando nadie los viera, hasta que reunieron lo bastante como para granjearse una reputación.

De lo que sí se habla es que eran inusualmente altos incluso en una tierra en la que los asaltantes patilargos del otro lado del océano habían repartido a conciencia su semilla. Eran de pelo y ojos oscuros, aunque de una piel tan pálida que en ocasiones corría el rumor de que los O'Malley no salían durante el día, pero no era cierto.

Tomaron las tierras de Cabeza de Trasgo y allí construyeron su torre, a la que llamaron Edén del Trasgo; apenas tardaron en prosperar. Se hicieron con más tierras y consiguieron aparceros que las trabajaran para ellos. Siempre había plata en sus arcas, aunque jamás le contaron a nadie de dónde provenía la más pura y brillante. A continuación, construyeron barcos y empezaron a comerciar, y luego construyeron más barcos y siguieron comerciando más, aventurándose más lejos. Se enriquecieron a costa de los mares y todo el mundo había oído decir que los O'Malley no se perdían en el agua: sus galeones y carabelas, sus barcas y bergantines, no se hundían. Sus hijas e hijos no se ahogaban (salvo que ese fuera su sino), puesto que nadaban como focas, algo que aprendían a hacer desde su primer aliento, sus primeros pasos, sus primeras brazadas. Eran reservados, y raramente se desposaban con personas que no formaran parte de sus extensas familias. Criaban como conejos, pero el núcleo seguía afianzado en torno a una estirpe limitada; los que presumían del apellido O'Malley eran más orgullosos que el resto.

Apenas prestaban atención a la opinión de la Iglesia y sus príncipes, y eso ya bastaba para diferenciarles de las otras familias de alta alcurnia, y los convertía en objeto de incomodidades y rumores. Y, con todo, conservaron su posición y su poder manteniendo las apariencias de una cierta devoción. No eran estúpidos ni temerosos. Se ganaban amistades en las altas esferas, sembraban favores y recogían el fruto, y reunían secretos y mentiras de los fondos más bajos posibles. ¡Ah, qué gran cosecha! Los O'Malley conocían la ubicación de todos los cadáveres inoportunos que se habían enterrado, a veces simplemente porque ellos habían sido los artífices de dicha inhumación. Pagaban sus deudas, se aseguraban de recibir lo que les debían y les dejaban claro a todas las personas con las que negociaban que les acabarían devolviendo lo que les debían, de una forma u otra.

Eran cuidadosos y astutos.

Incluso los perros de Dios acababan viéndose, en algún u otro momento, en deuda con ellos. A veces un eclesiástico de renombre requería un favor que solo los O'Malley podían proporcionarle, y así, con la cabeza gacha, acudía a ellos. Siempre bajo el amparo de la noche, por supuesto, en un carruaje cerrado sin adornos que pudieran delatarlo, por una de las carreteras más desangeladas que partían de Breakwater hasta la finca de Edén del Trasco. Cogía aire antes de bajar del vehículo, y otra vez al alzar la vista hacia las altas vidrieras iluminadas desde dentro para que pareciera que el interior de la torre estuviera en llamas. Se aferraba al crucifijo que le colgaba de la cintura por miedo a que, al cruzar el umbral, se encontrara en un lugar mucho más diabólico de lo que esperaba.

Hace muchos años que ese tipo de hombres los visitan. Pero a ese tipo de hombres no les gusta nada deberle favores a nadie —y mucho menos si son mujeres, y hubo un tiempo en que las riendas de la familia O'Malley estuvieron en manos femeninas—, y eran esos mismos sacerdotes los que ofrecían toda suerte de excusas, amenazas y coacciones para evitar dichas obligaciones. Ninguna funcionaba, y los hermanos acababan siempre sometiendo, sin excepción: un arzobispo o cualquier otro ilustre

clérigo se veía destituido y obligado a seguir con su vida como un mendigo cualquiera, y la sonrisa en los labios de la matriarca era ancha y carmesí.

Era el tipo de pérdida —un ultraje— que no habían olvidado en cien años, y era improbable que llegaran a perdonarla. Pues la memoria de la Iglesia era larga e insomne, y con cada generación, al menos uno de sus hijos había intentado que la familia pagara por lo que había hecho. Poco importaba que los O'Malley le hubieran proporcionado un hijo a la iglesia hasta donde alcanzaba la memoria, que hubieran pagado más de lo que los diezmos requerían y apoyado varios hospicios de la ciudad. E incluso tenían un banco a su nombre en la catedral de Breakwater, donde se sentaban todos los domingos siempre que se alojaban en la mansión que poseían en uno de los distritos más lujosos de la ciudad. Ahí, apenas podían reprimir el aburrimiento que les producían los servicios, pero mantenían las formas.

No, los insultos a la Iglesia jamás se olvidaban ni perdaban, y generaciones de hombres píos habían dedicado una buena parte de sus vidas a condenar el pasado, presente y futuro de los O'Malley. Habían sido muchos los esfuerzos y la energía que habían consagrado a maldecir el nombre, a correr la voz sobre el origen de su prosperidad y a pergeñar planes para arrebatársela. Muchas fueron las cabezas que negaron entre lamentos que las piras y los atizadores sirvieran para exigir conformidad en este asunto en concreto; las redes tejidas por el clan eran demasiado sólidas como para evadirse o socavarse.

Y no eran solo los miembros más devotos de la sociedad de Breakwater los que se oponían a los habitantes de Cabeza de Trasco. Aquellos que aceptaban la caridad de los O'Malley o hacían tratos de buena fe con ellos se encontraban a menudo con que el coste era mucho mayor de lo que jamás habrían imaginado. Algunos lo pagaban de buena voluntad y se los recompensaba por su lealtad; aquellos que se quejaban o resistían, recibían lo que se merecían. Con el paso del tiempo, los posibles socios se lo pensaban dos veces antes de formar parte de los

negocios de los O'Malley, y los más cínicos se contaban los dedos dos veces después de cerrar un trato con un apretón de manos, solo para asegurarse de que los conservaban todos. Aquellos que se casaban con alguno de los miembros de las ramas secundarias o del tronco principal de la familia lo hacían por su cuenta y riesgo. No eran pocos los maridos y las mujeres que se habían considerado indignos de su confianza o, simplemente, inconvenientes cuando la pasión se había agotado, y de los que se habían deshecho con discreción.

Había algo extraño en los O'Malley: no sentían el mismo miedo que sus congéneres. Tal vez depositaran su fe en otra parte. Hay quien afirmaba que los O'Malley tenían demasiada agua salada en las venas como para ser bondadosos o temerosos de Dios, o, en general, una presencia positiva. Pero era algo que no podría llegar a demostrarse jamás.

Sus negocios eran discretos, pero los malos actos siempre dejaban ecos y manchas a su paso. Los O'Malley llevaban tanto tiempo allí que los pecados se habían ido acumulando año tras año, década tras década, siglo tras siglo. Vida tras vida, muerte tras muerte.

La familia era sencillamente demasiado influyente como para que pudiera destruirse así como así, pero, por lo visto, se habían acabado buscando la ruina sin ayuda ni intervenciones de la Iglesia o sus semejantes.

Lo primero que flaqueó fue el linaje —aunque ellos eran los únicos que lo sabían— y sus fortunas no tardaron en correr la misma suerte. Cada vez nacían menos niños de los verdaderos O'Malley, pero durante un tiempo ni siquiera le prestaron atención, o tan solo la justa y necesaria, puesto que no parecía más que una breve irregularidad. Además, las ramas familiares seguían multiplicándose y prosperando económicamente.

Más tarde, sus barcos comenzaron a hundirse o a ser tomados por los piratas; luego le llegó el turno a las inversiones, aparentemente astutas, que no tardaron en demostrarse imprudentes. La gran flota acabó reducida a un puñado de barcos mercantes que emprendían travesías intermitentes a través de

los mares. Casi toda su riqueza se había ido desangrando, cada vez más rápido, hasta que pocas generaciones más tarde, lo único que quedaba era el magnífico disparate que llamaban hogar en Cabeza de Trasgo. Corrían rumores de joyas, plata y gemas enterradas bajo los ondulantes prados —nadie podía creerse que lo hubieran perdido todo—, pero los O'Malley tenían demasiadas deudas, muy poco capital y se les estaba agotando hasta la mismísima sangre...

Y así fue como la familia se depreció de varias maneras. Incapaces de pagar a sus acreedores e inversores, incapaces de entregarle al mar lo que le debían y con muy pocos secretos ajenos que usar como moneda de cambio, los O'Malley estaban, al fin, al borde de la extinción.

La finca solía estar cuidadosamente atendida por un ejército de jardineros y guardeses, pero ahora solo queda el vetusto Malachi —respirando a duras penas y con tendencia a tirarse regularmente pestilentes ventosidades— para encargarse del cuidado de las cosas. Todos los jardines cercados están desbordados; al entrar en ellos, corres el riesgo de rasgarte las mangas y las faldas con espinas y ramas que han crecido y ganado demasiada fuerza, y las puertas están trancadas por la maleza. Todas menos una, la que utiliza la anciana —la última O'Malley verdadera— cuando busca un poco de aire fresco y soledad. En la casa, Maura, la hermana de Malachi —algo más joven que él y menos dada a las flatulencias—, hace lo que puede para mantener a raya el polvo y la descomposición, pero está sola, artrítica, cansada y enfadada; es una batalla perdida, pero ella sigue con su magia y rituales de las hierbas para asegurarse de que el jardín de la cocina continúa produciendo verduras y el huerto de árboles, fruta. Hay dos caballos viejos para arrastrar una calesa desvencijada y que, con cuidado, pueden cabalgar; tres vacas, casi todas a punto de dejar de dar leche, y varios pollos cuyas vidas parece que serán más bien cortas si no empiezan a tomarse sus deberes con un poco más de seriedad. Los humildes rituales de Maura han conseguido alargar sus años productivos, pero incluso la magia tiene un límite. Tiempo atrás, había toda

una legión de aparceros a los que podían recurrir para trabajar los campos, pero ahora apenas queda un puñado y la tierra lleva yerma mucho tiempo. La gran casa se derrumba y hace una década que las ciclópeas puertas de hierro de la entrada no se cierran por miedo a que cualquier movimiento las arranque de sus oxidados goznes.

La familia cuenta solo con una hija soltera, cuyo apellido ni siquiera es O'Malley, puesto que su madre cometió múltiples pecados al ser hija única, mujer, obstinarse en la perversidad de adoptar el apellido del marido y luego morir sin dar a luz a más criaturas. Y lo que es aún peor: el marido ni siquiera era del linaje de los O'Malley —ni una gota—, así que la sangre de la hija había vuelto a diluirse. Tiene dieciocho años esta muchacha, ya es toda una mujer, a fin de cuentas, criada casi por completo aislada del mundo, a la que habían enseñado a sacar adelante una casa, como si aquella no fuera una ruina que estuviera a punto de venirse abajo, con una familia moribunda (reducida de nuevo por una muerte reciente), sin fortunas ni perspectivas en el horizonte.

Hay, no obstante, una anciana con planes y conspiraciones que lleva mucho tiempo gestando; y luego está el mar, que acabará exigiendo lo que se le debe, pase lo que pase; y hay secretos y mentiras que jamás permanecen enterrados para siempre.